

MITOS SOBRE LOS MENORES Y LOS "CENTROS DE MENORES"

Hace escasos días, algunos de los compañeros de 6º de primaria de clase de mi hija, vinieron a casa a hacer un trabajo de lengua. De fondo los escuchaba debatir mientras yo me hallaba inmersa en algunas de mis tareas, pero pronto acudieron a mí con sus dudas. Con un breve resumen intentaron meterme en situación y así explicarme que el debate estaba relacionado con los niños, niñas y adolescentes que viven en los centros de menores. Ellos defendían la idea de que si se encontraban viviendo en un centro de menores era porque se trataba de niños o niñas que se portaban mal, que eran agresivos y delincuentes; en definitiva, que eran los "muy malos". Mi hija, sin embargo, no apoyaba esta idea y les llevaba la contraria argumentando que en los centros de menores viven niños de todo tipo como en todas partes.

Por desgracia, este debate y forma de pensar se puede extrapolar a la sociedad en general. A pesar de que aún queda muchísimo camino por recorrer, los tiempos han cambiado. Por suerte, ya no hablamos de **reformatorios, orfanatos o internados**. Si no que comenzamos a definirlos como **casas de familia, hogares de acogida, o pisos tutelados**.

Las palabras que utilizamos para etiquetar cada una de las cosas que nombramos son muy importantes, pues son las que van a predisponer nuestra visión de una realidad. El hecho de incluir palabras como familia o acogida resta frialdad y suma vínculo a la situación. Este avance en la denominación de las casas de familia y la tendencia a que desaparezca el término tan arraigado de "centros de menores" es muestra de que vamos por buen camino. Por desgracia, menos avanzadas están las falsas creencias sobre los menores que en ellos residen.

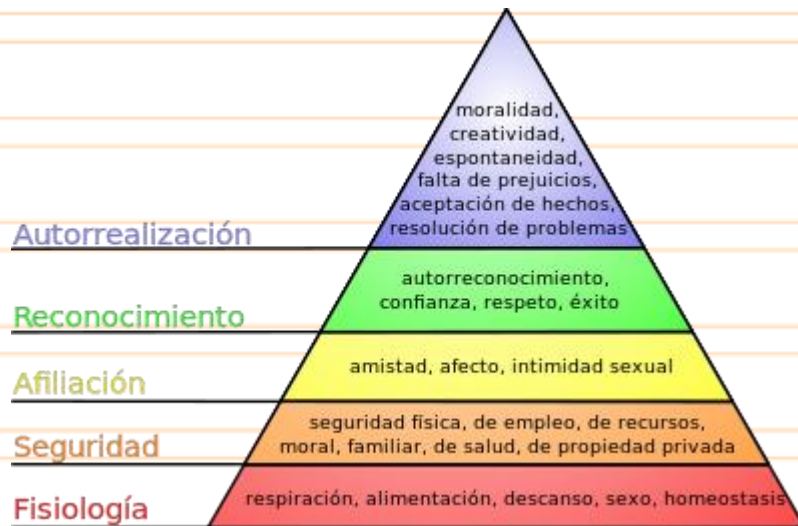
Los ejemplos más significativos sobre el mito del menor que vive en un "centro de menores" son:

"Son niños que han sufrido maltrato y que han aprendido de sus agresores, son iguales a sus padres".

"Estos niños, son carne de cañón".

Analicemos cuanto de realidad tienen estas afirmaciones tan comunes en la sociedad.

Abraham Maslow propone una pirámide que organiza todas las necesidades que cada persona tiene que cubrir para lograr un buen desarrollo personal.



La base de esta pirámide deja claro que las necesidades primarias que el ser humano debe cubrir, están estrechamente relacionadas con las necesidades fisiológicas (el no hacerlo se consideraría un tipo de maltrato denominado negligencia) y con las necesidades de vínculo y pertenencia. Las personas somos, ante todo, seres sociales. Por lo tanto una de las características propias del ser humano, será la creación de vínculos sociales a lo largo de grandes periodos de tiempo. Estos vínculos son los que conforman las relaciones sociales que influirán de forma clara y significativa en el posterior desarrollo tanto cognitivo como de personalidad.

El vínculo emocional más importante, al menos en la primera infancia, es el apego; se trata del vínculo afectivo que el niño establecerá con una o varias personas del sistema familiar.

El apego tiene una función adaptativa para el niño. Desde un punto de vista objetivo, su sentido es favorecer la supervivencia. Desde un punto de vista subjetivo, la función del apego es proporcionar seguridad emocional (el niño se

BERCE

ENTÉRATE



siente seguro, aceptado, protegido y con los recursos emocionales y sociales necesarios para su bienestar).

Las personas a quienes se vincula el niño afectivamente son, a la vez, las más observadas, imitadas y obedecidas, convirtiéndose en uno de los ejes fundamentales del desarrollo social. (Félix López. La

formación de los vínculos sociales). Los estudios confirman que rasgos en los cuidadores tales como la empatía, la estabilidad emocional, la capacidad de ponerse en el lugar del otro y la autoestima correlacionan directamente con la seguridad del apego de sus hijos. Por otro lado, la ausencia o pérdida de las figuras de apego es percibida como amenazante, pérdida irreparable, desprotección y desamparo. (Félix López. Desarrollo socioafectivo en la infancia)

La privación materna no sólo causa depresión en la niñez, sino también hostilidad e incapacidad para establecer relaciones saludables en la vida adulta. (John Bowlby). Se ha encontrado una relación entre apego inseguro en la infancia y rabia y conducta desafiante hacia los padres y pares (conducta disruptiva, ansiedad, aislamiento, conducta desafiante y oposicionista y relación social inapropiada). (Lorena Méndez y Luis Glez. Descripción de patrones de apego en menores institucionalizados con problemas conductuales).

Por último la Teoría del apego de William Sears nos dice que los niños a los cuales se les cría con desapego buscarán a lo largo de su vida otras formas de cubrir las necesidades dando lugar en algunos casos a trastornos mentales y sociales.

Ha quedado clara la importancia que tiene para el ser humano el establecimiento de unos vínculos afectivos estables, seguros.

Pero, ¿qué sucede cuando en su más tierna infancia los niños y niñas son maltratados, abusados sexualmente, malcriados, abandonados, o sufren negligencia parte de un familiar? ¿Qué sucede cuando un niño o niña no es llevado al pediatra si está enfermo, no se le abraza o refuerza sus avances, no se le enseña, no se le presta atención? ¿Qué ocurre cuando un niño ve malos tratos, sufre las adicciones de sus progenitores o sus trastornos psiquiátricos generados por la historia que ellos mismos han sufrido en su propia infancia?

Pues la respuesta está en los niños, niñas y adolescentes que residen en las casas de familia, la respuesta está en su tristeza, en su ira, en su indefensión.

Algunos se sienten profundamente tristes, otros profundamente dolidos y otros llenos de rabia. Algunos tienen todos estos sentimientos de forma encontrada y otros progresivamente. Pero todos, todos ellos, tienen una pregunta común, la pregunta que los adultos no logramos responder y que no deja que la herida se llegue a curar... ¿Por qué?

Y así es como los niños, niñas y adolescentes llegan a una casa de familia. Pero analicemos si todos actúan de igual modo:

Si fuese cierta esa creencia de que los hijos de padres agresivos, abusadores, negligentes,... son una copia de sus padres cada uno de ellos tendría las actitudes y reacciones propias de su propio agresor. Sin embargo, esta visión no se ajusta a la realidad. Los niños, niñas y adolescentes que no se han criado con vínculos afectivos adecuados en su infancia tienen síntomas comunes tales como los que podemos observar en la siguiente tabla.

- Retraimiento social
- Alteraciones en nivel de actividad
- Temores inexplicables
- Alteraciones del sueño
- TEP
- Hiperactividad
- Enuresis y ecopresis
- Trastornos del sueño
- Fobias o temores intensos
- Conductas compulsivas
- Fenómenos disociativos

Preescolares

- Cualquier trastorno de la etapa anterior
- Dificultades de aprendizaje o alteración del rendimiento
- Fugas del hogar
- Retraimiento llamativo, hostilidad, agresividad
- Sobreadaptación, pseudomadurez
- Conflictos con la autoridad
- Marcada desconfianza hacia adultos significativos
- Hurtos
- Mentiras frecuentes
- Desesperanza y tristeza
- Tendencia a permanecer en la escuela fuera del horario

Escolares y adolescentes

- Conductas violentas de riesgo para su integridad física
- Retraimiento, sobreadaptación
- Fugas del hogar
- Consumo de drogas
- Delincuencia
- Automutilaciones y otras conductas agresivas
- Intentos de suicidio
- Trastornos disociativos
- Trastornos alimentarios

Adolescentes

BERCE

ENTÉRATE



Por lo tanto no podemos decir que la víctima es una copia del agresor, sino que la víctima es un reflejo de las agresiones y que sufre los síntomas que corresponden a una víctima.

Todo ello nos lleva a otra cuestión: ¿Por qué si las víctimas reproducen similares síntomas, tienen diferentes modos de afrontarlos? La explicación no la da una sola causa, sino un cúmulo en el que influyen varios factores:

- El temperamento con el que nacemos, o como Vicente Garrido lo llama, la personalidad innata.
- La capacidad de resiliencia del menor, o sea, la capacidad para afrontar la adversidad y lograr adaptarse bien ante las tragedias, traumas, amenazas y estrés severo.
- Los vínculos afectivos de su infancia, el apego.
- Las vivencias traumáticas presenciadas o vividas.
- La respuesta del entorno ante estas vivencias.

A estos factores, uniríamos aquellos específicos de cada menor y de cada situación y entorno.

Por último, pero no menos importante, me gustaría que hablásemos de esa creencia de que los niños, niñas y adolescentes que están elaborando su historia de vida con una gran carga de ira, o disociados, o desmotivados ya son "carne de cañón". Desde luego que si permitimos que nuestro pensamiento y nuestras acciones asuman esta creencia tan negativa, entonces, lo más probable es que sí que acaben siendo "carne de cañón".

Pero si todos ponemos ese granito de arena, esa aportación a estos muchachos tan sólo intentando comprender su proceso, canalizando su ira, capacitándolos para que sepan ejercer su resiliencia, ayudándoles a generar autoestima, motivándolos, reforzándolos, poniendo límites y hábitos, enseñándoles a gestionar sus emociones, etc, etc. seguro que entonces, dándole el tiempo necesario (que no será poco), lograremos entre todos que no se trate de la "crónica de una muerte anunciada".

La pregunta adecuada será ahora, **¿Cómo lograr esto?**

Y la respuesta es mucho más sencilla de lo que parece. Sólo debemos darles lo que en su infancia no se les ha dado, vínculos afectivos seguros. Y ahí es donde

BERCE

ENTÉRATE



todos participamos, desde el vecino, el profesor, el psicólogo, el entrenador, los padres de sus compañeros de clase, la prima segunda, el tío, un abuelo, el señor que siempre lo observa en la parada del bus,...

Y si conseguimos que dichos vínculos encuentren unos cimientos fuertes y se consoliden en el tiempo convirtiéndose en vínculos duraderos, poco a poco, a veces muy poco a poco, lograríamos cambiar el destino de alguien al que no le gusta la historia que su propio destino le ha querido escribir.

Por ello cuando visitamos una casa de familia podemos encontrarnos en cada menor un modo distinto de afrontar su vida.

De ahí que mi hija sacase la conclusión de que "hay de todo como en todas partes"... "como en botica".

Inma Araújo López

Psicóloga del Programa de Intervención Ambulatoria con Adolescentes en conflicto ALBORADA.

Vocal de la Asociación AMINO.Gal